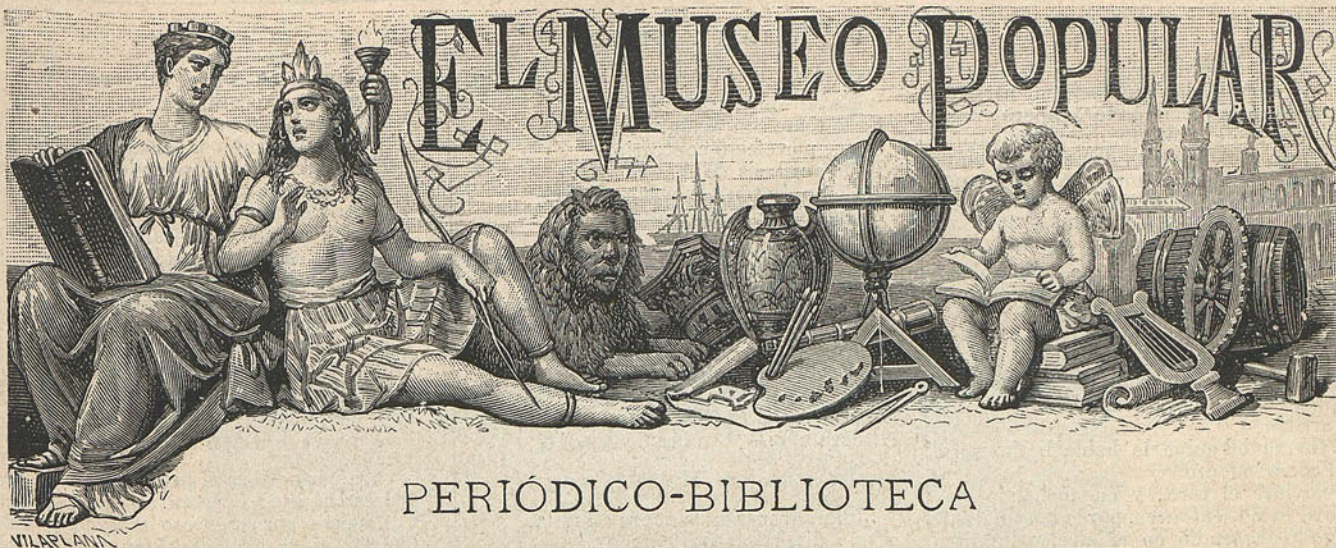




Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada número.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 2.º

LA MUERTE DE PEPE-HILLO
Y EL PUEBLO DE PAN Y TOROS.

(Conclusión.)

Pepe-Hillo interrumpió al banderillero con una ruidosa carcajada, y encogiéndose de hombros, dijo después que hubo cesado su hilaridad:

—Yo cumpliré con mi obligación hasta salir de la plaza con las tripas en la mano (1). Pues no faltaba más, sino que una pequeña caída, y los toritos de Peñaranda,

(1) Histórico.

me asustasen á mí: ya verás como de una buena, recibiendo, los despacho uno á uno. Ea, preparémonos, porque la hora de salir se aproxima.

—¡Querido maestro! ¡Por Dios!...

—No seas pesado: he dicho que saldré, y saldré aun cuando se opusiera el mundo entero. No son á las fieras con cornamenta á las que más temo: hay otra fiera que se llama público, que me inspira mucho más temor. ¡Escucha como ruge!...

En efecto, de la multitud que llenaba la plaza, partían gritos y silbidos.

Unos y otros cesaron: oyéronse los acordes de la marcha real, prueba evidente de

que el rey Carlos IV entraba en su palco. Entonces, la persona del monarca inspiraba un gran respeto, y la muchedumbre contuvo su ruidosa imprudencia.

Salió el pregonero al redondel, y leyó el bando de costumbre, prohibiendo bajo severas penas que nadie arrojase animales muertos ni naranjas á la plaza, y que los que ocupaban los asientos de sol no pudiesen *despuntar* más que media ala del sombrero (1), para no incomodar á los demás.

(1) Los sombreros de los manolos y chisperos, se llamaban de *medio queso*.



Efectos tristes y alegres de la lotería de Navidad.

III

Empezó la corrida.

Nada de particular aconteció mientras se lidiaron los seis primeros toros; pero cuando se presentó el séptimo, que era negro y de lustrosa piel, ojos encarnizados y agudos pitones, empezó á correr la voz de que el animal ya había sido lidiado.

No por esto se acobardó Pepe-Hillo.

Llegada la última suerte, fué resueltamente hacia la fiera, que se había plantado á la derecha del toril, y después de citarle, quiso matarlo á toro parado.

Levemente herido el animal por el estoque, arremetió al diestro, y enganchándole por los calzones lo arrojó por encima de la espaldilla al suelo, quedando Pepe-Hillo boca arriba.

La fuerza del golpe le había hecho perder el conocimiento.

Revolvióse el toro, y enganchando de nuevo al caído, entonces, por la boca del estomago lo suspendió en el aire, y durante un minuto lo movió en distintas direcciones, destrozándole en menudas partes todas cuantas contiene la cavidad del vientre y del pecho, y fracturándole además diez costillas.

La herida era necesariamente mortal.

Antonio de los Santos, que con los demás de la cuadrilla había hecho todo lo posible para evitar la catástrofe, lloraba como un chiquillo.

Fué conducido el maestro á la enfermería, en donde se le administraron los socorros espirituales.

¡Un cuarto de hora después había dejado de existir!

Aquel día fué de luto para Madrid.

En casa de uno de los nobles protectores del diestro se expusieron al público, en la mañana siguiente los ensangrentados vestidos del famoso torero. Las gentes del pueblo besaban aquellos vestidos lo mismo que si fueran reliquias.

Mientras esto sucedía, también tenía lugar en Madrid otra muerte; la del célebre D. Ramón de la Cruz, el *Suñetero*.

¡Pero el gran pintor de las costumbres populares de la época, el que con su ópera *Griseida* había entusiasmado á la grandeza en el palacio de Aranda, moría sin protectores, pobre, y recogido de limosna en casa de un humilde carpintero, su único amparo, su amigo!

En la patria del Cid, en el pueblo de pan y toros, la pobreza suele ser el patrimonio de los hombres de talento.

Tal y conforme acabamos de referirlo tuvo lugar la muerte de Pepe-Hillo.

Su cadáver fué enterrado en la bóveda de la parroquia de San Ginés, en donde todavía se encuentra.

Respecto al cadáver del *Suñetero*, se ignora en dónde se halla.

Terminaremos este artículo diciendo, que la cabeza del toro que mató á José Delgado existía aún hace pocos años, perfectamente disecada, en uno de los salones del Museo de Historia natural de Madrid.

A. de San Martín.

JUAN Y ANTÓN

I

Es Antón un perdulario;
Se le teme con razón.

Juan, por efecto contrario,
Es la antítesis de Antón.

Como Antón por terne campa,
Siempre con él otros van...

Un mastín de hermosa estampa
Acompaña sólo á Juan.

¡Háblase de oculto crimen,
O de reprobada acción?

Las gentes del pueblo gimen,

Y exclaman:—¡Ahí danza Antón!

¡Recibe de oculta mano

Un pobre socorro y pan?

A una voz el pueblo ufano

Prorrumpe:—¡Es obra de Juan!

II

Juan, al mastín siempre adjunto,

Fué á divertirse al Alcorcón...

Hubo riñas y un difunto...

También allí estaba Antón.

Juan y Antón presos han ido

Como autores del desmán;

Y el pueblo exclama afligido:

—¡Antón fué, no ha sido Juan!

Antón declara, que al muerto

Hirióle Juan á traición.

Juan afirma que no es cierto.

¡Miente Juan, ó miente Antón?

No prueba Juan su inocencia;

Los indicios contra él van:

Y el pueblo está en la creencia

De que miente Antón, no Juan.

Antón absuelto ha quedado:

Para Juan no hubo perdón;

A muerte fué condenado...

¡Pobre Juan! ¡Dichoso Antón!

III

Siempre á su lado el fiel perro,
Fué puesto en capilla Juan.

Va Antón á verle al encierro,

Y á su vista gruñe el can.

En sangre el ojo inyectado,

Une al gruñido la acción,

Y salta y derriba airado

En tierra al misero Antón.

Tiembla Antón; su audacia pierde;

Huir intenta... ¡loco afán!

Sus carnes desgarran y muerde

Con furia el mastín de Juan.

Al verse exánime, herido,

Sin conciencia de su acción,

«¡Yo el vil matador he sido!»

Exclama aterrado Antón.

IV

Otra vez se abre el proceso;

Claras las pruebas están:

Condenado por su exceso

Queda Antón, absuelto Juan.

V

¡Cuánto al pueblo satisfizo

La oportuna intervención

Del fiel animal, que hizo

Confesar su culpa á Antón!

Muéstranos el perro estóica

Gratitud y tierno afán.

Su lealtad siempre es heroica:

¡Testigo el mastín de Juan!

J. Moreno Fuentes.

SESIÓN FLAMENCA

El concurso aguardaba. En el chico salón cuajado de bujías encendidas, mullido como una caja de dulces finos por las múltiples cortinas de damasco carmesi, las señoras estaban,—fuerza es decirlo,—bastante juntas, y al menor movimiento, la seda de un hombre desnudo rozaba suavemente con otra seda próxima, tibia y perfumada con el aroma fresco de los polvos de arroz. Todas vestían traje escotado, en armonía con la corbata blanquísima de los caballeros, y el conjunto de tanta cabeza airosamente prendida, de las nuca realzadas por la sombra del remangado pelo, de los colores delicados y brillantes de los ropajes, del centelleo sideral de las joyas y del vago y flotante olor de las esencias, sugería la inevitable comparación del ramillete de selectas flores, que á trechos salpican gotas de agua.

El concierto aguardaba, mostrando toda la compostura afable que corresponde á una reunión de damas distinguidas, convidadas por vez primera á un espectáculo extraño á sus costumbres, algún tanto repulsivo y que no sabe si echarlo á buena parte ó tomarlo por donde quema, ni si será impropio estar serio, ó malsonante reírse. Había, pues, en el apiñado grupo, cuchicheos confidenciales, diálogos muy cortos que se quedaban presos entre el varillaje de un abanico, postizas formalidades, ojos de niñas casaderas que encan-



Julio Verne.

dilaba la curiosidad más inoportuna, caras que por cima de su expresión acostumbra la tendían un discreto velo de distracción, como quitando importancia á lo que allí iba á suceder, y concediéndosela á un pliegue del vestido, al centímetro de tul que rebasaba por la línea del escote, á la colocación de un cuadro ó de una maceta.

En la esquina del salón se alzaba el *estarié*, el tablado angosto, indispensable para que la concurrencia viera bien á los bailadores, y ellos á su vez puedan ceñir y concretar sus movimientos, que es gala de semejante baile menearse mucho en poco sitio.

Faltábale al tablado un requisito muy principal, el espejo colocado detrás, en el cual gustan de mirarse las bailadoras.

Cuatro sillas mondas y lirondas hacían todo el mueblaje del *estarié*, improvisado allí donde nunca se soñó que lo hubiese.

Un rumor contenido, alguna exclamación, dos ó tres risas graciosamente moduladas para que apenas se oyese y no revelasen sino benevolencia, señalaron la llegada de la gente del bronce. Las señoras clavaron en ella sus ojos instintivamente por el ímpetu del deseo largo tiempo contenido. Dos cantoras, un jaleador, un bailar, subían al palcomurmurando, con encogimiento que aspiraba á ser desembarazoso, un—buenas noches, señores,—al cual nadie respondió palabra.

Mientras el jaleador prolijamente templaba la ancha guitarra, torciendo acá una clavija y acariciando acullá una cuerda con la tostada yema del pulgar, las cantadoras se sientan, y curadas ya del primer espanto, sonrien al elegante cuanto para ellas desusado público. Son dos característicos ejemplares de raza, ambos extraídos de la cantera popular, pero á profundidades distintas. La más joven, la primera que va á cantarse es la chula madrileña, de los barrios bajos, flor nacida sobre las heces de sangre del Matadero, que reza en la Paloma y baja á la pradera de San Isidro, cuando los hados le son propicios, del brazo de un *muleta* á quien paga hasta la respiración: hembra de rompe y rasga, traída por el mercantilismo de la época á ganarse unos cuartos exhibiendo aquella sal del mundo, aquel desgarrar provocativo y donosísima desvergüenza que Dios le había otorgado para ella sola, ó á lo sumo para solaz del barrio.

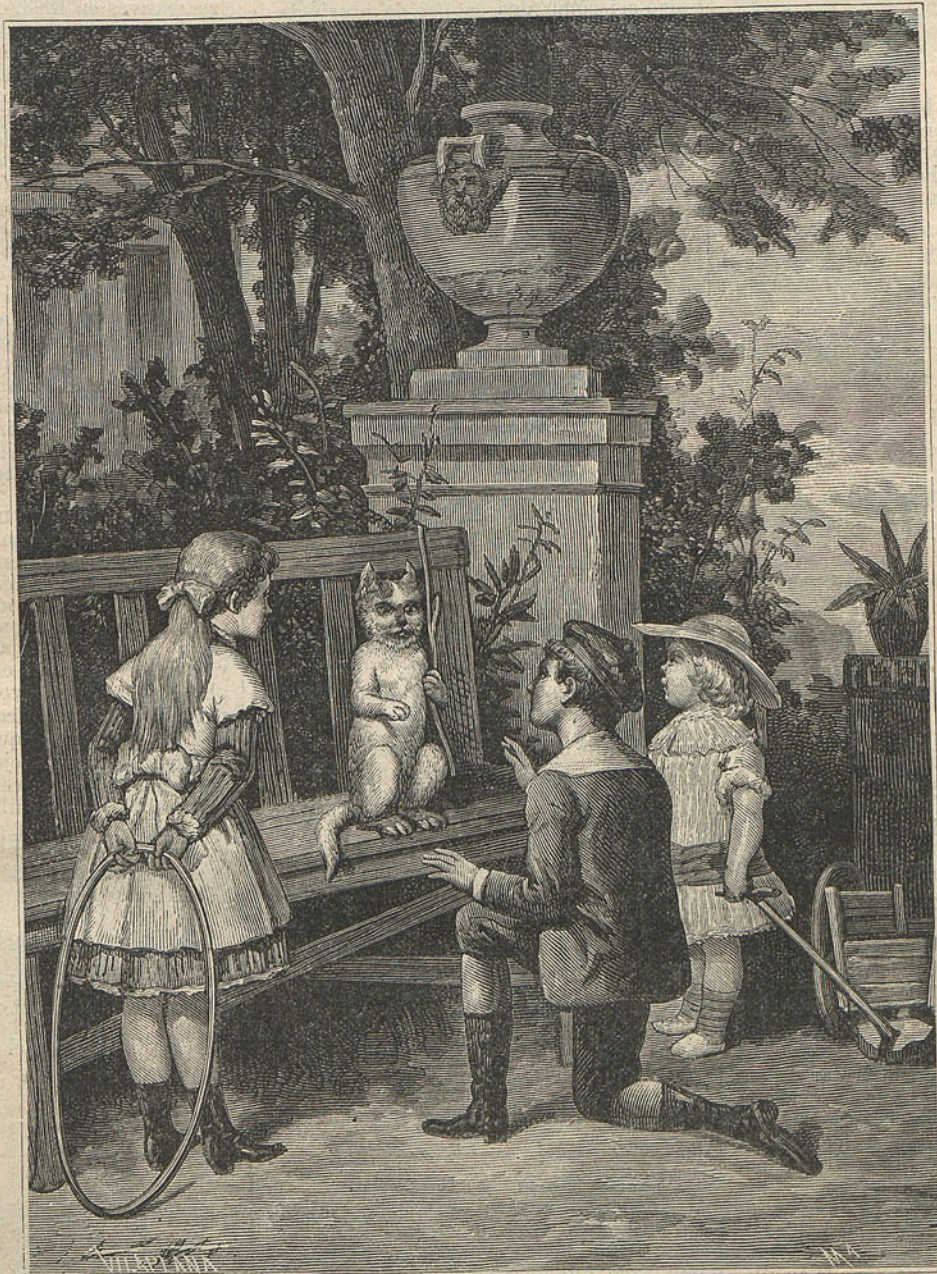
Esta que aquí se nos presenta es joven y linda, pero apenas se distingue de su agraciado palmito más que la sangrienta frescura de los labios, y los negros luceros de los ojos; el resto lo tapa y oscurece el pelo de azabache, traído hacia delante en espesas y exageradas *peteneras*. En su moño colosal danzan las rosas mal prendidas; el pañuelo de crespón, de un rojo de clavel marchito, luce bordado manileño de abigarrados colores como los de los abanicos japoneses, y el fleco deja entrever un brazo moreno y lustroso, sin brazaletes ni adornos en la lisa muñeca.

al desgairé entre la crencha. La gitana es fea como una esfinge, á la cual se parece en la nariz de anchas y movibles alas, en los gruesos labios que dilata sensual sonrisa. Visten lo mismo ambas cantadoras, batas de percal color garbanzo, muy ajustadas, solo que la gitana, en vez de pañuelo de Manila, luce un fichú escarlata con flores negras. Este predominio del color rojo, el que más lisongea el gusto estético de la fiera, el primero que atrae la mirada del niño, el más estimado en las edades heroicas, en que era símbolo de majestad y poder, lo he observado en toda fiesta y di-

versión de carácter nacional,—los toros, verbi gracia;—y he pensado que alguna relación muy estrecha debe existir entre este color y cierta poética y pintoresca barbarie de nuestras costumbres. De fijo que nadie comprende una cantora vestida de azul pálido.

Salió la nuestra por una de esas canciones *jondas*, que sólo son un gemido sacado allá de qué se yo donde, cómico á veces por su misma prolongación quejumbrosa, y no sin gracia comparado por alguien á los ayes que arranca un cólico. Antes de empezar, asíó la chula el palilo que traía entre los dientes y lo clavó en el moño, con marcialidad suma. Apenas se oía de la canción más que la queja, ronca, afanosa y dolorida, como bramido de bestia en celo; y del sentimentalismo plebeyo que respiraba, percibía el auditorio únicamente las palabras *mare, mi marecita*, que pensándolo bien, podían significar, que si aquella hermosa muchacha tuviese madre, no andaría así de tablado en tablado, comerciando con su sal y sandunga del requetecielo,—que diría el jaleador.

Exhalado el último *jayyy!* levántase para bailar. Gitana y jaleador la



Instrucción de un recluta.

Su compañera es gitana: viene de Sevilla en derechura, quemada por el sol, declarando á voces su abolengo egipcio, ó de donde sea esa misteriosa estirpe degradada y errante. Lo que en la chula es moreno, es cetrino, es cobrizo en la gitana; los ojos de la chula brillan, los de la gitana arden; los dientes en aquella son nácar pulido, en ésta recios trozos de marfil; el cabello de la chula es negro, el de la gitana ya tira á azul corvino, y se encrespa y se atufa á modo de erin de caballo salvaje, sin que baste á sujetarlo el peinecillo de cuerno hincado

acompañan con secas y resonantes palmaditas, con mucho *¡olé! ¡olé!* pronunciado á media voz, y mucho requiebro hiperbólico, donde no faltan jamás las bendiciones á la consabida *mare*, y nefanda mezcla de sagrado y profano, las invocaciones á María Santísima. Echado atrás todo el cuerpo con violenta inclinación, cual si fuese á desplomarse sobre el tablado; la cabeza caída, lo mismo que si no pudiese resistir el peso de moño y flores; entreabierta la boca; alzados los brazos; señaladas bajo la ceñida bata las gallardas formas, que se balanceaban

con ese ritmo especial que sólo puede definir la intraducible palabra española *meneo*; sin girar, sin avanzar, sin salir de un sitio dado, pisaba la bailadora el polvito tan menudito,—como la heroína de Cervantes,—que si de allí no lo hubiesen barrido diligentemente los criados, á buen seguro que quedase de él partícula que el pie retozón no sacudiera y no soliviantara.

Emilia Pardo Bazán.

París 20 Enero 1886.

(Se concluirá.)

¡LUCHAS DEL ALMA!

I

¡No te quiero! tu boca decía
con fiero rigor;
y mi seno de celos ardía,
y á tus piés, despedido, creía
morir sin tu amor.

II

¡No me quieres! con frase sentida
dijiste después;
y en mi seno la llama extinguida
de los celos, juzgué, que es mi vida
mirarte á mis piés.

III

Hoy te veo: tu dulce mirada
no fijas en mí;
otro hombre te llama su amada.
¡y mi alma, de nuevo, angustiada,
suspira por tí!

Juan B. del Pozo.

Madrid, 1886.

UN PASEO POR ATENAS

I

Debo confesar, y confieso con vergüenza, que no he visitado la Alhambra de Granada, ni la mezquita de Córdoba, ni la catedral de León, ni la de Burgos, ni las antigüedades de Mérida...

En cambio, he recorrido Italia y Grecia con todas las islas del archipiélago, y Turquía, y Egipto, y todo el Norte de Africa, y he pasado un año en América.

Con esto, como otros muchos españoles, conozco las antigüedades, las ruinas, los monumentos de otros países, y tengo que oír y callar cuando de los nuestros se habla.

Pero ello es, lector, que al tratar de estos asuntos puedo referir mis impresiones propias, y desmentir á muchos ilustres viajeros que han visto visiones, y los que me escuchan me envidian y me tienen por hombre ilustrado.

No extrañarás, pues, lector amigo, que entre mis manías se cuente la de hablar de mis viajes.

Pero es lo peor del caso, que nada en ellos me ha sucedido que digno de contar sea. ¡Ni un naufragio, ni un descarrilamiento, ni una lucha con bandidos! ¡Si por lo menos en alguna de mis excursiones por las africanas selvas me hubiera salido al paso algún león! ¡Pero nada! Bien es verdad que si tal hubiera sucedido no contara la aventura, pues habría sido capaz de morirme del susto... Por fortuna estoy vivo y sin desperfecto en mi persona; pero no puedo relatar acontecimientos maravillosos para sorpresa de mis oyentes y recreo de mis lectores.

Y como no quiero mentir, he de contentarme con describir.

Necesito hablar de mis viajes, porque los recuerdos del pasado distraen mi espíritu de las amarguras presentes.

Y hoy, para mayor desgracia, en medio de abrumadora soledad, no tengo en torno mio quien escuche con agrado mis palabras, y por eso, lector, me dirijo á tí, con el pensamiento me cojo á tu brazo, y te digo:—Acompáñame en imaginativa excursión al mundo de mis recuerdos.

¿Qué país, qué ciudad quieres recorrer? ¿Lo dejas á mi elección? Pues comencemos por Atenas. Las graves cuestiones que en Oriente se ventilan pueden ofrecer á nuestro paseo un interés de actualidad.

¿Quieres saber lo que es la Atenas de hoy? Figúrate un pueblo, no muy grande, algo así como una capital de provincia de tercer orden, con casitas de uno ó dos pisos de gusto alemán, calles estrechas y limpias, algunas plazas con árboles, un palacio real, que es un caseron parecido á un cuartel, algunas iglesias con las fachadas no suntuosas sino pintarrajeadas á listas paralelas de blanco y bermellón, tiendas modestas, fondas modestas... humilde todo, esta es hoy la ciudad de Pericles.

Pero es una ciudad simpática, si se me permite la frase.

Es una ciudad de la *clase media*, sin pretensiones, y bien hallada en su medianía.

O mejor aún, es un pueblo, casi una familia que ha venido á menos y sobrelleva con dignidad su desgracia.

Vicente Moreno de la Tejera.

(Se continuará.)

TOLERANCIA

No es de la religión santa doctrina la que con ciego fanatismo abate el ánimo del hombre, que en sus yerros del culto á Dios el corazón distrae.

No es la que con espíritu inflexible marca severa ley intolerante, lanzando al que olvidara sus preceptos el anatema duro, inexorable.

Es la que con dulzura persuasiva á las conciencias hacia el bien atrae, la que siguieron con ferviente anhelo los que por ella sucumbieron mártires.

¡Amor y caridad! Hermoso emblema del Hombre Dios, que con sublimes frases, perdón, y olvido, y tolerancia pide, aun de la muerte en el supremo instante.

Seguid su ejemplo; amor y tolerancia sean del bienestar sólida base, en la que el templo augusto de la idea con esplendor cristiano se levante!

E. Ceballos Quintana.

NUESTROS GRABADOS

Efectos tristes y alegres de la lotería de Navidad.—Fíjate, lector amigo, en la expresión del personaje que figura en el grabado en primera línea. Es un empleado que lleva, como el que estas líneas escribe, catorce años de cesantía; y después de tan prolongado ayuno, bien claramente dicen ahora su semblante y convulsiva diestra, que ha logrado pescar entre sus uñas un morrocotudo premio de la lotería de Navidad. En contraposición, el misero farruco que está al lado, casi se arranca en su desesperación una oreja al ver que por sola una unidad no ha sido favorecido de la suerte. Y como término medio, el gordo señor de la bufanda muéstrase conforme, si no satisfecho, con el premiecillo que le ha tocado, porque como dice el adagio, «más vale algo que nada», ó bien «á falta de pan, buenas son tortas.»

Julio Verne.—Nació este ilustre literato francés el 8 de Febrero de 1828.

Practicó sus primeros estudios en Nantes y vino después á estudiar derecho á París. Pero no le llamaban sus aficiones por este camino; hizose escritor dramático, y ora solo, ora en colaboración con otros autores, escribió algunas piezas para los teatros de la gran ciudad. Tampoco en esto manifestóse su verdadera vocación ni la fecundidad de su genio. Unir en íntimo consorcio la aridez científica y la amenidad literaria ha sido la singular creación que le ha dado tanto renombre entre las clases populares de todos los países civilizados. Inauguró la serie de sus obras científico-recreativas en 1863, con la titulada: *Cinco semanas en globo*, que obtuvo gran éxito y de la cual se han hecho 33 ediciones. Citar una por una todas sus producciones sería traspasar los límites de estos breves apuntes biográficos. Sólo me permitiré decir que, en concepto de los críticos, es considerada como una de sus mejores obras la que se titula *Aventuras del Capitán Hatteras*, y que la que mayor número de ediciones ha alcanzado, pues pasan ya de 36, es la denominada, *La vuelta al mundo en 80 días*. Julio Verne es caballero de la Legión de honor. En su vida privada muéstrase afable y modesto en demasía. Sus talentos le han proporcionado una fortuna que le permite vivir con gran independencia, y hacer el estudio práctico en su *yacht* de recreo de muchas de sus narraciones geográficas, que por este motivo revisten un especialísimo carácter de verosimilitud. Sus obras han sido traducidas en todos los idiomas de Europa.

Instrucción de un recluta.—En el espacioso jardín de un magnífico hotel de la Castellana se entretienen y solazan en infantiles juegos tres hermosos niños, hermanos al parecer. Pero uno de ellos, el mayor, ocúpase en este momento de más grave tarea. La niña ha dejado en quietud su aro, y el más pequeño su carretón para contemplar admirados las evoluciones que con gaituna gravedad practica un morroño, recluta de nueva especie, á quien el mayor de los hermanos enseña el ejercicio. Bien deja conocer con esto el novel instructor sus tendencias y aficiones militares, y es de presumir, en vista de ellas, que andando el tiempo se conviertan en un jefe de alta graduación, rígido observador de la disciplina y hábil estratégico.

SOLUCIÓN

AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre la mujer y el vino transforman el hombre en pollino.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILLEN, 26.